

Puntos de suscripción.

Véanse al fin del número.
 En Madrid 12 rs. vn. al mes.
 En las Provincias, y en el Extranjero 20 rs. mensuales, y 60 por trimestre, franco de porte.
 En Ultramar 24 rs. mensuales y 70 por trimestre, también franco.
 Este periódico sale todas las mañanas y todas las tardes menos los lunes.

EL HERALDO.

PERIODICO POLITICO, RELIGIOSO, LITERARIO E INDUSTRIAL.

Anuncios y comunicados.

Se admiten á real por línea los primeros, y á dos reales los últimos.
 Los suscriptores reciben GRATIS la colección completa de órdenes y decretos del gobierno.
 Se darán también SUPLEMENTOS gratis siempre que sea necesario.
 Las oficinas del HERALDO están situadas en la calle de San Miguel núm. 23.

PARTE POLITICA.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ONIS.

Sesión del día 12 de diciembre.

Se abre á las dos menos cuarto.
 Se lee el acta de la sesión anterior y es aprobada.
 Se hallaba en el banco de ministros, el de Hacienda.
 El Senado queda enterado de haber sido nombrado subsecretario de Hacienda el contador general de valores, D. Manuel González Bravo.

RECTIFICACION.

El Sr. SANTAELLA: Yo no acostumbro á revisar mis discursos, y así es que los señores taquígrafos me han puesto últimamente muchas inexactitudes (1). En la sesión del 7 se me ha hecho conjeturar una suma gravísima y que no puedo menos de rectificar. En la sesión del 7 de este mes se ha puesto en mi boca una proposición tan absurda, que yo no pude presentar: tal es el haber yo dicho "que la religión no ejercía influencia alguna en la sociedad moderna." Yo no he dicho tal cosa y en mi dictamen es equivocación de los señores taquígrafos. Yo dije "que la religión no ejercía la influencia que debiera." Lo demás es contrario á mis creencias y á mi modo de pensar particular.
 Tampoco dije nada de lo que se me hace decir en una rectificación al discurso del Sr. Camaleño.
 Jura y toma asiento el Sr. Ordóñez.

ORDEN DEL DIA.

VOTACION DE LA LEY ELECTORAL DE AYUNTAMIENTOS.

En votación nominal es aprobada unánimemente por 81 senadores presentes.
 El Sr. ORDÓÑEZ pide que conste su voto favorable á la declaración de la mayoría.

INTERPELACION.

El Sr. GOLFANGUER: Aunque sea para mi repugnancia usar del derecho de dirigir interpeleciones al gobierno de S. M., derecho que ha venido á caer ya en desuso, sin embargo, no puedo menos de levantar mi voz en este sitio para hacer presentes los sentidos clamores y justas quejas de una clase tan desgraciada como digna de consideración. Así es que he creído de mi deber dirigirme al Sr. ministro de Hacienda que con tanta satisfacción me ocupa hoy este puesto.

La interpeleción es sencilla: la situación aflictiva y lamentable en que se encuentran las religiosas del claustró, me ha obligado á dirigirme al Sr. ministro de Hacienda, para que tenga la bondad de manifestarme si en las pocas horas que ocupa este puesto, ha podido encontrar la causa verdadera de que esa clase respetable se desatendida de la manera que se encuentra y si está dispuesto á remediar los males que la aquejan, haciendo que se observe lo que está dispuesto en la real orden del 7 de agosto de este año, en que el gobierno provisional de la nación después de reconocer la justicia que las asiste, las da una preferencia sobre las demás clases del Estado.

Otra clase de que yo soy el último individuo, debiera ocuparme en estos momentos, pero habiéndolo hecho el día pasado con tanta elocuencia los Sres. Santalla y Tarancon, no puedo menos de unir mis esfuerzos á los de estos señores, y rogar al señor ministro que tienda una mirada compasiva á esta clase respetable tanto como abatida y despreciada.

El Sr. CARRASCO (ministro de Hacienda): El Senado comprenderá que en las pocas horas que desempeño el ministerio, no he podido enterarme lo suficiente, para dar las explicaciones satisfactorias que yo desearía. Sin embargo, tan pronto como ayer entré en el ministerio, procuré enterarme del estado en que se encontraba el pago de las religiosas. Efectivamente el Sr. Ayllon el 7 de agosto de este año mandó una circular á los intendentes para que las obligaciones de las religiosas fueran pagadas con preferencia á las demás.

En la provincia de Madrid y en alguna otra se ha cumplido esta orden. Desgraciadamente no ha sucedido lo mismo en otras provincias. Con este motivo y estando el gobierno resuelto á hacer cumplir lo que se mande, ha expedido otra circular á los intendentes, reproduciendo la del 7 de agosto, y exigiéndoles que no paguen un maravedí á nadie hasta que las religiosas sean pagadas. El Senado y el Sr. Golfanguer estén seguros de que esa orden se cumplirá.

No es menos desgraciada la suerte del clero, y aun todas están desatendidas de la misma manera. También el gobierno se ha ocupado de esta clase, y puede asegurar á S. S. que será atendida en lo posible como se merece.

El Sr. GOLFANGUER: Estoy satisfecho, y á nombre de las religiosas de este arzobispado y de todas en general doy las gracias á S. S., confiado en que será una verdad lo que nos ha manifestado.

El Sr. ARRE: Quisiera saber si el señor ministro no tiene inconveniente en que se pague á las religiosas de los fondos de amortización, porque ninguno son mas á propósito.

El Sr. ministro de HACIENDA: Yo contestaré á S. S. que los principios de moralización que el gobierno está dispuesto á llevar adelante, se oponen á eso, y yo he asegurado que se cumplirá la circular del 7 de agosto, y los intendentes que no paguen á las religiosas, serán depuestos inmediatamente.

El Sr. PRESIDENTE: No habiendo asuntos de que ocuparse el Senado, se avisará á domicilio.
 Se levanta la sesión.
 Sean las tres menos cuarto.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR PIDAL.

Sesión del día 11 de diciembre.

Con el objeto de no privar á nuestros lectores por mas tiempo del importantísimo discurso del Sr. Martínez de la Rosa, dejamos para insertar mañana la sesión celebrada ayer en el Congreso, adelantándoles entretanto el ligero resumen que damos á continuación.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR MARTINEZ DE LA ROSA EN LOS DEBATES DEL CONGRESO, CON MOTIVO DEL ATENTADO COMETIDO CONTRA S. M.

Pero dijo el Sr. Cortina, y fue el cuarto cargo, que el partido parlamentario, ó mas bien el partido moderado, trató de escoger presidente entre los progresistas. Yo, señores, no concibo siquiera que quepa una intolerancia semejante. Tenemos la mayoría y no queríamos nombrar á ninguno de nosotros, íbamos á ofrecer la presidencia á un adversario político, y fuimos á escoger á ese mismo hombre que ahora nos acusa de sus enemigos implacables, y no se nos deja siquiera la libertad de elegir nuestro candidato? ¿Se quiere que cedamos la mayoría á la minoría? Eso es abusar ya demasiado de nuestra paciencia.

Y ya que se trata de este punto, y que no hay ninguno

que sea leve, puesto que sirve aun el mas pequeño para esclarecer la cuestión pendiente, no puedo menos de referir un hecho de que no ha hecho mención el Sr. Cortina, ó por lo menos yo no lo he percibido, al hacer la relación minuciosa de lo que ha ocurrido. Cuando se trató de la presidencia del Congreso, el partido moderado á una voz escogió por su candidato al Sr. Olózaga; y ténganse presentes las fechas. Ese partido, enemigo de S. S., que ve en él un obstáculo á sus miras, que reconoce en su persona el símbolo de las creencias del partido opuesto, escogió al Sr. Olózaga para que ocupase esa silla, y no lo hacia, señores, únicamente por dispensarle esa honra; lo hacia también para recomendarle al poder, para elevarle al ministerio; estos eran los sentimientos del partido moderado. ¿Y qué hacia entre tanto el partido progresista? Desahuciar de su seno, repudiándole, separarle de su comunión política; las espresiones que salían de boca de sus adversarios no me toca á mí decirlos; S. S. puede preguntárselas á sus antiguos amigos, ahora reconciliados. El partido moderado propuso al Sr. Olózaga, le sostuvo y abogó en su favor; pero hay mas: quejábanse el partido progresista de que el Sr. Olózaga no se presentaba; y de esa misma persona en quien hoy ve el símbolo de su opinión, decían que quería oír de su boca su profesión de fe y se quejaba de la especie de desvío que mostraba.

En estos momentos se presentó el Sr. Olózaga, y en el salón de columnas manifestó que no aspiraba á la presidencia, y mucho menos en contraposición á su amigo el señor Cortina; que sus doctrinas eran respetar las reformas hechas y no admitir reacción ninguna; pero al mismo tiempo poner un término á la revolución para siempre. Después, por una especie de interpeleción, dijo S. S. que deseaba saber si el Sr. Cortina era de la misma opinión. Extraña era la pregunta; pero el Sr. Cortina respondió que aunque no había aceptado completamente la situación actual, era de la misma opinión y no quería revoluciones. Pero aquí entra una circunstancia que no debo pasar en silencio. Viendo la manifestación del Sr. Olózaga, tomé la palabra en aquellos momentos, y propuse que los Sres. Cortina y Olózaga entrasen en un cuarto, y el que nos propusieran fuese nuestro presidente; que les dábamos carta blanca, y lo que nos mandasen eso votáramos. ¿Y qué hicieron esos moderados tan enemigos del Sr. Olózaga? Dijeron: es un pensamiento de conciliación, y todos lo aprobaron. ¿Y qué hizo uno de los individuos del partido progresista? Clamar de esta suerte: "Le votaremos si es el Sr. Cortina, y si no, no," parodiando la fórmula de los de Aragón.

Entonces se vino á este Congreso, se llegó á los votos: ¿y qué sucedió? Hay cosas pequeñas, pero que importa que el Congreso y la nación las sepan. Yo, que no tenía la honra de tratar al Sr. Olózaga, me llegué á S. S. y le pregunté si deseaba ser presidente para que le diéramos nuestros votos; respondíome: no deseo serlo; y como yo le insté, me dijo: le empeño á V. mi palabra de honor que no lo deseo. Entonces ¿en quién pensamos nosotros? En el Sr. Cortina, que ha visto en el nombramiento del Sr. Pidal una causa suficiente para tocar á rebato; el Sr. Cortina fue nuestro candidato, y con los votos de los moderados sacó cuarenta y siete, sin que los progresistas, sus amigos políticos, hubiesen dado uno solo á S. S. ni al Sr. Olózaga.

Por manera, señores, que aunque estos pormenores parecen pequeños, crece su importancia cuando se vé por ellos que el partido moderado no dudó sino entre los Sres. Olózaga y Cortina, entre los que han dado lugar á la triste situación en que nos encontramos. Este es un hecho, y hecho que indica que no podrá acusarse al partido moderado de exclusivismo ni ambicioso, porque en ocasión posterior, después de haber elegido al Sr. Olózaga, y viendo el otro cuerpo colegislador presidido por un progresista, tuviera deseo de ver esa silla ocupada por uno de sus partidos. ¿Se quiere acaso que estemos en tan triste situación que hayamos de contentarnos con lo que se nos quiera dar? Teniendo la mayoría, como la tenemos indudablemente, ¿por qué no habíamos de querer un presidente de nuestras opiniones? ¿Se quiere acaso que la minoría predomine, que lo sacrificásemos todo á su antojo, que adiviniésemos hasta sus pensamientos, pues se quejan de que en la segunda votación no dimos nuestros votos al señor López? ¿Quién nos propuso que votásemos al Sr. López? ¿Fue el ministerio? No; porque el ministerio declaró que no tenía candidato ninguno, y entonces elegimos al que nos pareció mas á propósito para ocupar dignamente esa silla.

El Sr. López, que fue el tercer orador que tomó parte en este debate sosteniendo las mismas doctrinas, nos recordó ayer que durante el ministerio de mayo dió la ley de amnistía. Yo debo, señores, empezar por pagar un justo tributo al Sr. López por su conducta en aquella época; el Sr. López abrigó ese sentimiento generoso y tuvo resolución bastante para proclamarlo; y ciertamente, señores, que me duele por lo mismo que en el día de ayer nos haya recordado el beneficio que al mismo tiempo nos haya apellidado ingratos: los beneficios, cuando se arrojan al rostro, pierden mucho de su valor; pero, sin embargo, nosotros no los olvidamos.

El Sr. López presentó el proyecto de ley de amnistía, y el poder dominante entonces no lo aceptó, cayendo por consiguiente el ministerio; sacrificio que le honra. Nosotros, pues, tenemos la obligación de agradecer ese acto de buena voluntad, ese acto generoso, si se quiere, aun cuando también pudiéramos mirarlo como una reparación algo tardía de una desgracia no merecida. Pero el Sr. López, al mismo tiempo nos ha dicho ayer volviéndose á contrarrestar y á responder á las acusaciones que tantas veces le habrán hecho sus amigos: "si nosotros acogimos á los moderados, si les llamamos, no fue culpa nuestra;" por manera que el Sr. López parecía que quería desahuciar de sí esa gloria, ese recuerdo que le honra, el de haber llamado á los prosritos. S. S. nos dijo: "esa era la opinión del país, las opiniones moderadas preponderaban (fueron las palabras de S. S.) y preguntó yo: ¿por qué preponderaban? ¿Las imponían nosotros por la fuerza? ¿Estábamos acaso en el poder? ¿Eramos dueños de esos resortes que mueven las intrigas palaciegas? No; desterrados del poder, desterrados del parlamento, lejos unos, prosritos otros, humillados todos, no teníamos nadie que abogara en nuestro favor; y sin embargo, ayer el Sr. López para disculparse se presentaba como que obedecía á una necesidad, á la ley de la opinión: pues entonces no pudiéramos nosotros decirle: "si nos llamásteis forzados por la opinión, ¿qué tenemos que agradeceros?"

Además, señores, hay dos épocas distintas que no deben confundirse. El acto meritorio del Sr. López y sus compañeros consistió en manifestar esa voluntad generosa, si, lo reconozco; pero el hecho de volver á nuestros hogares, el hecho de volver á nuestra patria á aspirar á una igualdad política (porque no aspiramos á la supremacía ni menos al exclusivismo, queremos ser iguales) eso no lo debemos á la generosidad, no; eso lo debemos al imperio de las circunstancias y á nuestros esfuerzos comunes; no volvíamos los prosritos porque se les abrieran las puertas, ellos mismos se las abrieron con sus espadas. Pues qué, señores, cuando se ha tratado de derrocar al poder caído ¿no acudieron los moderados á luchar en la imprenta con un valor y una constancia que la nación no ha olvidado? Pues qué, cuando se trató de combatir en la arena electoral ¿no acudieron también á depositar sus votos? Pues qué, cuando luchó en las últimas Cortes una minoría pequeña pero noble, ¿no se presentó en unión con la bandera que combatía contra aquel poder y no respondió como leal al llamamiento? Pues qué, cuando de la imprenta, de la arena electoral y de las Cortes se pasó al campo de batalla, ¿son por ventura progresistas todos los que allí combatieron? ¿Eran solos progresistas los que en Barcelona decían á la autoridad que arrojará bombas, que mejor querían ver arder sus casas que sufrir aquel poder tiránico? ¿Eran solos progresistas los que en la heroica Valencia se oponían alivos al poder que la amenazaba con todas sus fuerzas? ¿Eran solos progresistas los que desembar-

caron en aquellas playas? ¿Eran solos progresistas los que resistían en Granada, ciudad abierta é indefensa, los que resistían en Sevilla, desafiando al poder tiránico que bombardeaba las ciudades, y elevando sobre la basilica santa el estandarte de San Fernando?

Responded vosotros si podéis: nos echais en cara los beneficios; decid mas bien que combatimos juntos y que combatimos como leales. Pues qué, durante la lucha ¿estuvieron los moderados ocultos, y solo vinieron después del triunfo á coger el premio y repartirse el botín? No, señores, mas moderados acudieron al peligro que acudieron después á recoger los despojos: los generales ilustres que se pusieron al frente de la revolución en Castilla, los que volaron á pelear en la Andalucía y que se sientan en estos bancos y en los del otro cuerpo colegislador; los que salieron de Valencia para levantar el sitio de Teruel y sublevar el Aragón, viniendo después á libertar á Madrid y á la Reina de las Españas, esos venían de tierras extranjeras, venían dejando las comodidades de la vida y venían á ofrecer á su patria sus espadas sin ambicionar nada, dejando tal vez que otros mas ambiciosos se aprovecharan de una situación que no habían contribuido á crear. Que respondan, señores, la conducta de esos generales. Ellos proclamaron el gobierno provisional y alzaron de nuevo al poder al Sr. López; pero fueron acordes con el voto de la nación é hicieron bien; mas, señores, ciertamente que un partido que encierra caudillos de esta clase no merece el dictado ni el epíteto de ambicioso. Después de obtenido el triunfo ¿pidió el partido moderado que se asociase al ministerio uno siquiera de sus miembros? No, no lo pidió. ¿Ha importunado al Sr. López ni á sus compañeros con pretensiones ambiciosas? ¿Ha reclamado para sus hombres ninguno de los principales destinos del Estado? No, señores; en un solo ministerio se ha notado que era mayor el número de las personas agraciadas pertenecientes al partido moderado; pero la causa de eso no ha sido mas que la lealtad del ministro encargado de ese ramo: el sabe bien y sus compañeros por qué lo hacían así.

Nos dijeron el Sr. López y sus compañeros, con una teoría nueva en este punto, que el gobierno tuvo que proceder de esa manera, porque colocados los de un color en una carrera del Estado, era preciso equilibrarlos poniendo en las demás los que pertenecían al otro color político. Esto decían los ministros del gabinete del Sr. López, y nosotros no nos quejamos á pesar de eso, nosotros apoyamos lealmente al gobierno provisional; pero yo pregunto al Sr. López y a sus compañeros: en el tiempo de su dominación ominosa, en que ha prestado muchos servicios á su patria, ¿ha encontrado muchos obstáculos en su carrera por parte del partido moderado? ¿Ha descubierto muchas tramas del partido moderado para derribarle del poder? ¿Ha encontrado el Sr. López que le hayamos minado el terreno cuando se ha alzado contra él alguna bandera de rebelión? ¿Ha visto que le hayamos abandonado cuando se han suscitado dudas sobre su origen: cuando ha habido quien le ha declarado la guerra y han tenido que marchar tropas para sujetar ciudades rebeldes? ¿Cuando ha tenido que sofocar estas rebeliones, se le han opuesto los moderados? Yo dejo al Sr. López y á sus compañeros que nos den la respuesta. ¿Son moderados los que se sublevaron en Zaragoza? ¿Lo son los que se levantaron en Barcelona, abriendo una herida mortal á su industria? ¿Han sido moderados los que se sublevaron en León, y los que en Vigo trataron de encender la guerra civil para traer de nuevo al hombre fatal arrojado por la nación entera? No lo son, señores, no; el partido moderado ha sostenido lealmente al gobierno provisional; mas, diré á lo menos por lo que á mí toca: si el Sr. López no hubiera mostrado esa repugnancia grandísima al poder, si S. S. con algunos otros de sus compañeros hubieran querido formar un nuevo ministerio, entrando en la senda constitucional de que S. S. mismo ha reconocido que tuvo que separarse, nosotros hubiéramos prestado á ese ministerio un franco y leal apoyo; estábamos dispuestos á prestarlo igualmente al ministerio del Sr. Olózaga; pero le hubiéramos prestado mucho mas al del Sr. López porque teníamos mas que agradecerle; y de todas maneras, señores, hubiéramos apoyado á cualquier ministro progresista que mereciera la confianza de la Reina, y rigiese bien el país; porque nuestro único anhelo era y es que haya gobierno.

El Sr. López hizo después una pequeña reseña de lo que la nación debe al partido progresista; y vino á concluir que el partido moderado no hizo nada por la causa de la libertad. Señores, había pensado entrar en este examen, y no lo haré como quisiera por no molestar tanto la atención del Congreso; pero la nación no puede haber olvidado que después de la muerte del último monarca, una persona augusta dió el ejemplo de las amistías, y amnistia sin excepciones; no puede haber olvidado tampoco que esta persona augusta quitó las trabas á la imprenta, dándole un ensanche desconocido hasta entonces, y que abrió las puertas de las Cortes, que la revolución impotente no había podido abrir en el transcurso de diez años: la nación no puede haber olvidado tampoco que esa augusta persona, á propuesta de sus consejeros, dió la ley política que tanto impugnó ayer el Sr. López, y de la cual habló con tanto desden; ley, señores, que establecía las bases principales del gobierno representativo, que asentaba las dos columnas firmísimas de estos sistemas, á saber, el que las Cortes pudiesen discutir y hacer leyes, y el que pudiesen además votar los impuestos; contribuyendo por uno y otro medio á amañar á la nación en el ejercicio de sus derechos, para el bien y prosperidad del Estado.

Y ya que he tocado este punto, señores, voy á decir con la franqueza y lealtad que acostumbro las ideas que tengo sobre él.

Yo creí entonces, y lo creo todavía, que el Estatuto Real (lo digo con su nombre) hubiera bastado para la felicidad de la nación, para hacer las leyes orgánicas que necesita, é ir con paso saludable curando tantos males como han traído las revoluciones; lo creí, señores, y lo creo todavía, lo diré cien veces: si la revolución no se hubiera desbocado, como lo hizo, la guerra civil no hubiera salido de las provincias Vascongadas; porque creo que la revolución la llevó á los demás puntos del reino; y hubieran permanecido unidas al trono clases que después se mostraron ó descontentas ó quejasas; y tal vez algunas pasaron á rebeldes. Pero yo, señores, al mismo tiempo que tengo este convencimiento, no creo que la nación merezca el sufrir una nueva revolución para volver atrás: este es mi pensamiento, mi convicción íntima: que no debe oponerse al país á una contra-revolución, y que sería hasta criminal el que lo intentase. Mi convicción es que con la Constitución que nos rige se puede gobernar la nación; y por eso la he jurado; si hubiese creído otra cosa no hubiera prestado el juramento, porque no estoy acostumbrado á ser perjuro; no porque la crea yo perfecta, no, señores, yo no soy hipócrita; tiene graves imperfecciones, una de ellas se está demostrando en la actualidad; pero yo deseo que su reforma se haga por los medios legales, que la haga primero la opinión y después los cuerpos colegisladores; deseo reformas pero no quiero que por satisfacer al amor propio se esponga á la nación á los trances de una revolución sangrienta, cuyos resultados no pueden preverse. Esta es mi profesión de fe, y lo ha sido toda mi vida.

El Sr. López, deseando acusar ayer ó inculpar al partido moderado, citó varios hechos para amontonar, para que pudiesen hacer su efecto. Entre estos hay uno, señores, que me duele que yo diga unas pocas palabras al Congreso, y agradezco al Sr. López que me proporcione ocasión de decir algunas palabras, pocas, serán, sobre un suceso desgraciadísimo, sobre lo que dijo S. S. acerca de la impunidad en que había quedado el sacrificio de los religiosos de Madrid. Yo tengo necesidad y aun deber de levantar mi voz ante la nación entera, para decir que no es posible en el mundo haber hecho mas esfuerzos que los que yo hice para castigar aquel horrible atentado, que me llenó de espanto; yo debo decir que

para prevenir ese y otros, no ese solo porque nadie pudo prevenir un caso repentino, porque ninguno pudo tampoco creer que la revolución en su primer período tratase de aprovechar la ocasión y terror que espacaría la aparición de una epidemia mortal para esparcir malignamente la idea de que se habían envenenado las aguas y sacrificar al pie de los altares aquellas víctimas inocentes. No pude prevenirlo, ni pude hacer mas que poner autoridades con fuerza suficiente para hacer respetar las leyes y conservar el orden. Había una autoridad, que era el capitán general de Madrid, á quien para que pudiese obrar con mas facilidad se había unido el cargo importante de superintendente general de policía. Esta autoridad tenía facultades amplias, y yo se las deje las mas estensas posibles. Y cuenta que esta autoridad escogida por el gobierno era la que tenía mas fama de firmeza en España, y había dado grandes pruebas de ella en la época de otra revolución. No era, pues, fácil tomar medidas para prevenir un suceso imprevisto; lo que cabía era tener las autoridades competentes y las fuerzas necesarias.

Al tener noticia de ese suceso lamentable (primera mancha sangrienta en las páginas de nuestra revolución) me hallaba yo en la Granja y voy á referir una circunstancia notable, porque prueba el ánimo y las disposiciones de una augusta princesa de quien después se ha dicho que era enemiga de las Cortes. Presentándose á S. M. en este crítico momento, con el terror que debía causarme, le manifesté que en aquel punto mismo me iba á venir á Madrid, porque los peligros se aumentaban, porque amenazaba una revolución, porque estaba, por decirlo así, desencajada la máquina del Estado; pero que no venía sin suplicar encarecidamente á S. M. que puesto que dentro de breves días habían de abrirse las Cortes, me prometiese venir para aquel solemne acto, á pesar de la epidemia y de la revolución. Y aquella princesa magnánima me dijo: "te empeño mi palabra, iré á abrir las Cortes, si cada lo que sucediere." Hecha esta súplica, vine y cumplí con mi deber; y creo que es imposible que ministerio ninguno hubiera tomado providencias mas eficaces para castigar aquel atentado. Yo me acuerdo ante el Congreso y ante la nación, de que tal vez para lograrlo falté y me escedí de mis deberes; yo di orden para prender y poner en un calabozo al capitán general de Madrid, prócer del reino y mi amigo; yo hice prender á otro general por si estaba complicado en ese asunto; yo mandé que los tribunales diesen cuenta diariamente de lo que se adelantara, yo llamé á los jueces para que activaran la administración de justicia; y este es el hombre á quien se acusa de favorecer la impunidad!... Pero yo encontré las leyes impotentes; yo no encontré en el poder judicial todo el apoyo que debía; yo me quejo de todo el mundo, porque los mismos jueces, ¿quiere oír el Congreso lo que me respondieron?

El pueblo está alterado, temen á los revolucionarios, están sobrecojidos los ánimos, y las mismas víctimas que debieran contribuir á que se esclareciera este asunto se niegan á declarar. Yo pregunto: ¿qué gobierno en el mundo emplea mas medios que el asilo de los tribunales y de las leyes? ¿Se quería que los ministros se convirtiesen en verdugos...? Serías recriminaciones he sufrido, señores, por haberme mostrado severo en aquella causa que no era de partidos sino de interés general, de honradez de la humanidad, de la religión tan escandalosamente ofendida; me mostré tan severo, que esto me ha traído persecuciones y odios de ciertas personas.

No hablaré, señores, de los demás cargos que se hicieron al partido moderado respecto de haber propuesto estas ó las otras leyes, como las de diezmos, señorios etc.; esta sería materia incontestable; cada partido puede en esas materias opinar como quiera, sin creer por eso ni tener motivo para decir que el otro partido conspira contra la Constitución del Estado.

Cuando el Sr. López, después de haber anunciado al Congreso que iba á descubrir grandes planes, entró en pormenores, yo estoy convencido que no habrá un solo diputado que no se haya quedado absorto y maravillado al ver las promesas y ver el resultado. ¿Quién no había de creer que el Sr. López, jefe del gobierno provisional, que el Sr. López que ha continuado desempeñando el mismo cargo después de declarada mayor de edad nuestra augusta Reina, que el señor López que estará enterado hasta de los mas ocultos arcanos y secretos del Estado, iba á hacer revelaciones importantes? Y yo pregunto: ¿ha hecho una sola de gravedad?

He tenido cuidado de apuntarlas, porque no se me escapasen de la memoria; tan leves son que se las lleva el viento.

El primer cargo que prueba la conspiración contra la libertad es que hay aquí quien pretende que se devuelvan los bienes al clero. Yo no entro á calificar si esta opinión de alguno, al ver al clero tan desatendido y abandonado, y mientras no se busca otro medio de cubrir tan sagrada obligación, sea acertada ó desacertada; pero esto, señores, ¿es conspirar contra la libertad? Esta sería una medida económica, mas ó menos trascendental, si se quiere, bajo cierto aspecto: pero una medida que puede adoptarse sin herir en lo mas mínimo la Constitución; y prueba de ello es que en el año de 1840 el partido progresista votó una medida semejante. Esto no tiene respuesta.

El segundo cargo que el Sr. López ha presentado es mas grave. Se reduce, señores, á que el otro día un diputado, al ver algun desorden en las tribunas, propuso ciertas medidas para que se achiquen y sea menor el número de espectadores. ¡Y una reclamación de esta especie puede haber dado margen para que en un Congreso de legisladores se diga que conspira contra la Constitución del Estado todo el partido á que ese señor diputado pertenece! ¡Esta, señores, es una de las tramas! Haría un agravio al Congreso si me detuviese mas en este punto.

Tercer cargo que prueba los planes del partido moderado: la formación del actual ministerio, puesto que no puede existir un ministerio de coalición.

Yo deseo, señores, que ya que en el fondo de esta cuestión se trata de la ascension al poder, se fije la atención en este punto. Todos los que han hablado en favor del señor Olózaga, todos han pretendido que en España no puede mandar sino un *ministerio progresista*: nosotros, por el contrario, decimos que puede haber ministerios progresistas, que puede haber ministerios moderados, y que puede haber ministerios de coalición como en otras partes, sin sentirse la marcha de la máquina del Estado. Ellos proclaman que solo se puede gobernar con sus principios; nosotros decimos que también se puede gobernar con los nuestros; nosotros decimos: si la mayoría es nuestra desenos el mando, porque de derecho nos pertenece. Pero se dice á esto que somos los mas ambiciosos del mundo. Pues voy, señores, á hacer un argumento material, palpable, y vais á oírlo.

En estos tristes acontecimientos, una de las primeras personas que fueron llamadas por S. M. fue, como ha oído el Congreso, el Sr. Pidal, que es en quien se cree tan simpatizado el partido moderado, que ya su elevación á esa silla ha dado motivo á que se haya levantado en el campo contrario ese grito de alarma. El Sr. Pidal es al que S. M. se dignó llamar, al que S. M. tuvo á bien oír primero. ¿Y qué hizo el Sr. Pidal? ¿Quiso apoderarse, como podía, de la situación? ¿Quiso hacer de ella una especie de monopolio? No; el Sr. Pidal, sobrecojido, sorprendido al oír aquella relación de los labios de una augusta persona, lo primero que hizo fue llamar á sus compañeros de mesa, entre los cuales había dos personas progresistas conocidas de antemano, y alguna de las cuales está votando á favor del Sr. Olózaga. No hay, pues, ese empeño, ese deseo de hacer una especie de monopolio de la situación, de explotarla y aprovecharse de aquel suceso en favor del partido moderado.

Lo primero que dijo el Sr. Pidal fue: consulte S. M. con otras personas; vengan los vice-presidentes del Congreso, que espresan la voluntad presente de este Congreso mismo. Y después, cuando S. M. encargó al Sr. Pidal y á otra

persona la formación del ministerio, ¿qué hizo el Sr. Pidal? La mejor respuesta a este cargo es el ver sentido a S. S. en ese asunto. El Sr. Pidal ha pedido tomar parte en el ministerio, ha podido formularle; pero el Sr. Pidal ha preferido continuar de Presidente del Congreso a tomar parte en el gobierno. Hayá si lo mas o menos acertada su conducta, yo no entro en ese examen; pero es prueba suficiente de que ese partido a quien se le ha hecho alusión, cuando se le viene a las manos el poder, lejos de arrebatarlo, se muestra, no ambicioso como aquí se le ha querido presentar, sino comedido y desinteresado.

Y en estas circunstancias, señores, ¿a qué otra persona se acude para la formación del ministerio? Una de las personas a quien primero se acudió y a quien se ha insistido y suplicado, es el general Serrano, persona dignísima, pero persona que habiendo salido del seno del partido progresista, se ha vuelto a él creyendo su honor comprometido en seguir su antigua bandera. Al Sr. Serrano, después de ese suceso, señores, al Sr. Serrano se le ha brindado con el ministerio y con su presidencia, se le ha brindado para que le formase, como el Sr. Pidal lo hizo.

Pues si tales eran las tramas del partido moderado, si para lograr el éxito tenía esta necesidad de recurrir a medios reprobados, criminales, ¿cómo es que se buscó para la formación y presidencia del nuevo ministerio al Sr. Serrano, que había formado parte del antiguo? Este es un hecho que nadie desmentirá.

El Sr. Lopez, así en su discurso de hoy como en el de ayer, ha insistido principalmente en suponer la existencia de intrigas y planes reaccionarios. En el de ayer especialmente hizo S. S. una pintura tal de esos planes, ocultos y otros palpables, que si la nación no supiera la brillante imaginación del Sr. Lopez se alarmaría y sobrecojería sobremedera creyendo que le amenazaba una revolución espantosa.

El Sr. Cortina dijo terminantemente que era el único partido que podía ejercer el poder, al menos así se infirió del discurso de S. S.

El Sr. Lopez dijo espresa y terminantemente que si bien se debía admitir a la participación política al partido moderado, no se le podía dejar ejercer el poder supremo o responsable de la corona sin que amenazase peligros a la libertad y al trono. Nosotros, señores, por el contrario, nosotros sostenemos que el régimen parlamentario, por cuyo libre y legal ejercicio tanto clamamos todos, nosotros sostenemos que este régimen exige que cada partido político, dentro de los límites de la ley, use del poder cuando obtenga las mayorías por medios legales, cuando le lleve al poder el flujo y reflujo de la opinión. Ni concebimos, señores, como pueda invocarse a la opinión pública y realizarse con el heroico dictado de *Reina del mundo*, cuando después se desconocen sus mandatos, si no son conformes a los intereses de una parcialidad. Ni concebimos como puede dejarse libre y espedito el uso de la máquina política, cuando solo se quiere que se mueva en cierto rumbo. Ni tampoco concebimos como los que tanto proclaman que quieren cierta igualdad, pretenden establecer una especie de aristocracia para que el poder supremo responsable esté en las manos de un solo partido, sin dar entrada a otro que lo desempeñe tan leal y tan cumplidamente como otro pueda hacerlo.

Eso sería lo mismo que decir que un partido debía disfrutar del privilegio de mandar, ora se encuentre en mayoría, ora en minoría; porque jamás puede la nación ver a sus adversarios políticos en el supremo poder, sin estar mortificada por el recelo, por la desconfianza de ver en peligro la libertad política. Sería lo mismo que decir que un gran partido político estaba en conspiración permanente contra el Estado, y que jamás podrían los pueblos obedecerle sin temer por el uso que pudieran hacer del poder, y estar atormentados del temor de ver desaparecer las instituciones que tanta sangre y tantas lágrimas han costado a España. Sería lo mismo que decir que el partido moderado, cuando llegase a obtener la mayoría en las urnas electorales, y la mayoría en ambos cuerpos colegisladores, podía verse privado del precioso derecho de hacer la oposición a sus contrarios, si estaban en el poder, o había de sostener los mismos principios que sus contrarios, en cuyo caso se suicidaría, o había de derribar a sus contrarios, y después de derribados dejar a la nación sin gobierno.

Esta es la teoría constitucional y parlamentaria que habría de seguirse, si realmente fuera cierto que jamás el partido moderado pudiera subir al poder sin que se viese en peligro la libertad del reino.

Y oí, señores, que nosotros estamos tan lejos de asentar este sistema, tan intolerante como exclusivo que nosotros hemos sostenido a los ministerios del partido progresista. No fuimos nosotros los que hicimos guerra al ministerio del Sr. Lopez en la corta vida que ha tenido últimamente, ni nos hubiéramos opuesto a haberle sostenido en el poder, si hubiese admitido en su seno algunos individuos, o en el caso de que así no lo hiciese hubiera adoptado un sistema conforme en cierta manera a nuestros principios, aun cuando no fueran los nuestros: porque jamás hemos exigido de los que mandan que sigan espresamente los principios que profesamos, les hemos dejado siempre amplia y anchura, y solo hemos querido que gobiernen. No somos exclusivos, pues que estábamos dispuestos (sin que pueda dardarse del hecho) a sostener al ministerio Olózaga, compuesto enteramente de progresistas, sacados de esos bancos. No somos exclusivos, pues que en la formación del nuevo gabinete se ha solicitado con instancias al Sr. Serrano, que hace profesión de no abandonar la bandera progresista, se le rogó para que aceptara el ministerio y se le brindó con la presidencia. Eso hace el partido a que se llama intolerante y ambicioso.

Más demostrado también por el Sr. Cortina y el Sr. Lopez, siguiendo siempre este mismo sendero, ha permitido que no puede existir ministerio de coalición. Yo preguntaré: ¿por qué? ¿Acaso es imposible esta teoría? No, lo es; porque no es imposible que varios hombres políticos que han militado bajo distintas enseñas se convengan en los puntos capitales de gobierno en una situación dada, aplacen las diferencias para tiempos mas lejanos, y emprendan una ruta segura, una norma común para gobernar el Estado. Podrán disentir en este ó el otro punto administrativo; podrán ser de diferente dictamen en esta ó la otra cuestión política; pero cada situación dada presenta ciertos problemas que hay que resolver; y no es imposible que en la resolución de esos problemas estén acordes hombres de distintas opiniones políticas aunque discreden en otros puntos. Que no es imposible en teoría, se infiere desde luego al ver que no ha sido imposible en la práctica; y es extraño que personas tan entendidas en el sistema parlamentario olviden por un momento que naciones acaudaladas en estas ciencias, siquiera por la ventaja de tiempo que nos llevan, que esas naciones nos han presentado en momentos críticos ministerios de coalición.

Prescindiendo de si es mas o menos conveniente un ministerio de coalición; de si se debe preferir mas homogeneidad, mas armonía, mas identidad de principios políticos entre todos los individuos que le compongan; de si estos serán síntomas que manifiesten mas robustez, mas esperanzas de vida, y aun mas vigor en un gabinete; yo prescindo de estas cuestiones, que son cuestiones subalternas; pero siempre es un hecho que ha existido en Inglaterra, durante la famosa lucha entre Pitt y Fox y durante la larga guerra contra la Francia, algún ministerio de coalición; y lo mismo ha sucedido no ha muchos años en esta última nación. ¿Pues por qué no ha de poder existir entre nosotros? ¿Singular pretensión, señores, la del partido progresista! Algunos adalides suyos nos han dicho terminantemente que el partido moderado no puede subir al poder sin que haya temores y recelos respecto de la libertad: otros nos han dicho que tampoco es posible un ministerio de coalición. ¿Pues qué partido es este tan exclusivo, que quiere hacer el monopolio del poder, sin dársele nunca a otros ni aun siquiera compartirlo? Y cuenta, señores, que cuando nosotros estamos prontos a admitir un ministerio de coalición, con tal que lleve a buen puerto la nave del Estado y marche por el camino de la ley, no exigimos de los individuos de que se componga, ni lo hemos exigido, ahora, que se sometan a nuestros principios; no les exigimos que abjuren los antiguos suyos, que hagan apostasia. No: nosotros a los que han de gobernar no les hacemos pasar por las horcas caudinas; les dejamos la fe en sus principios; no nos metemos a escurrir sus antiguos pensamientos; no los queremos ajustar a los nuestros, como en el hecho de Procufo, para que no sean mas largos ni mas cortos: solo les pedimos que gobiernen, este es nuestro anhelo, nuestro afán: no tenemos otras pretensiones.

Que, pues, asentado, que este partido a quien tanto se acusa, el partido parlamentario, pues que hemos adoptado

este nombre, y los nombres no hacen nada a la esencia de las cosas, no ha exigido el olvido de antiguos principios, no ha exigido que haya transfogas, no: lo que ha exigido es aquella tolerancia recíproca, aquella justa templanza, aquella moderación que exigen de suyo las teorías políticas, cuando se intenta gobernar un Estado sin salir del sendero de la ley. Con esa tolerancia, con esa templanza, con esa moderación caben muy bien en el mismo campo, sin maltratarse ni herirse, los que poco antes militaban en opuestas banderas. Este es el sentimiento mas íntimo nuestro; y no es obra nuestra, no; es el reflejo del deseo de la nación: obedecemos su instinto, seguimos su impulso: somos tolerantes, porque la nación nos impone este precepto, causada ya de tantos trastornos y revueltas.

El Sr. Lopez, en la última parte de su discurso, así como el Sr. Olózaga en todo el suyo, aludió a tramas palaciegas, a riesgos que desde el Alcázar regio amenazaban caer sobre los pueblos, y principalmente de que había un gobierno oculto, maligno, y digámoslo así, invisible, como esos genios maléficos que se nos cuentan de los palacios encantados, que siempre estaban acechando la ocasión de acabar con la libertad. Yo desearia que el Sr. Lopez con su franqueza acostumbrada, que yo respeto, se sirviese decir cuando ha notado en Palacio ese peligroso influjo. ¿En qué época lo ha notado? ¿En qué acto? ¿Qué pruebas da de su existencia? ¿Es por ventura cuando el Sr. Lopez y compañeros ejercían el supremo poder, como gobierno provisional de la nación? Pues cuenta que por su indole ejercía S. S. y compañeros una verdadera dictadura: dictadura útil, provechosa, que trajeron las circunstancias, que consagró el voto unánime de la nación, que yo he sido el primero en sostener y aplaudir; pero dictadura era y no merece otro nombre.

No había mas que una Reina menor, que aun no había empuñado las riendas del Estado: no había un regente que ejerciera interinamente la potestad suprema; no había ni aun siquiera aquellas trabas pesadas que imponen las leyes, porque el gobierno provisional (é hizo bien en ello) se separó muchas veces de ellas. ¿Le servían de estorbo algunas corporaciones populares? Las hechó a un lado. ¿Exigia la ley que las sostuyesen otras de elección popular? Las nombró él, y hacía bien en ello. Hubo una institución que tenía vida propia, consagrada por la ley, pero que por las circunstancias podía servir de estorbo: la arrancó de cuajo y la renovó totalmente. Pues si el gobierno provisional tenía esta misión asignada de salvar el país; si el voto de la nación entera, el proclamarle y ponerle en el mando le dio esta anchura, ¿cómo con ese poder inmenso, omnímodo, sin restricción, no acabó con esas tramas? ¿Las ignoraba? Entonces no era gobierno, ¿Las sabía? ¿Por qué no las destruyó? ¿Amenzaban? ¿Por qué no las arrancó desde entonces, como hizo con otras cosas? Ni un solo empleo ni puesto importante había en la nación que no lo diese el gobierno. En algunos ministerios se profesaba la doctrina, y en ellos consta, de solo dar los principales destinos, y en gran número al partido progresista. Si en cierto ramo, por razones que no son de este lugar, se daban los destinos a los moderados, yo quiero que se me presente uno solo que no haya cumplido como leal y caballero con este mismo gobierno; que le haya vendido, que no haya acendido a su defensa. Ninguno; y el mejor testimonio de ello es el Sr. Serrano en vuestros bancos está; yo me fio de su voto.

Se trata acaso de Palacio? Pues yo creo que el gobierno provisional no hubiera podido, sin faltar a sus deberes (y no creo que lo haya hecho), dejar que en el Palacio hubiera una influencia oculta y perjudicial a la libertad de la patria. El gobierno provisional, sin faltar a sus deberes, no pudo consentir que existiera allí este peligro sin destruirlo; y tratándose, señores, de las personas que por su proximidad a una augusta Reina pudieran ejercer en ella grande influjo, no concebí ni puedo creer que el ministerio tuviera la menor desconfianza y recelo respecto a esa persona que no se ha nombrado; pero tan digna de respeto por todos títulos, que la menor de sus prendas y cualidades es la ilustre cuna en que ha nacido; y esa persona no pudo ni puede inspirar esos temores y recelos, ni mucho menos faltar a su deber. Cosa es singular, y aunque parezca una circunstancia pequeña es sumamente notable, que entre las varias alusiones del Sr. Olózaga y algunas del Sr. Lopez, que han hecho referencia a esa persona, por el influjo que se supone ejerce en la Reina, es que después de elevada al honroso cargo que el gobierno provisional la confió tardó mucho tiempo en venir a España. Tan poca era su impaciencia en venir a Palacio y entrar en esas tramas que tan infundadamente se suponen.

Y lo singular es que habiéndolos manifestado el Sr. Olózaga con términos y voces misteriosas, que había sido nombrado ayo de S. M. para ejercer una especie de vigilancia, para ser un Argos de cuanto en Palacio pasara, precisamente cuando esa persona a quien se alude vino a España y entró en Madrid y en el palacio de S. M., en aquellos mismos días salió el Sr. Olózaga para la corte de Francia. ¿Dónde estaban, pues, esos peligros? Si los había, ¿asi se abandonó la encomendada vigilancia? Allí era menester estar, por lo que importaba deshacer esos influjos maléficos, allí cerca del trono, dentro del regío alcázar. Allí era menester ejercer la mayor vigilancia para salvar al Estado de los riesgos que ahora tanto se encarecen. Pero esos temores no han transpirado al público, y por consiguiente tenemos el derecho de preguntar: ¿qué precauciones, qué medidas tomó el gobierno provisional para impedir esos perniciosos influjos? ¿Cuál es la trama y cuáles son los criminales comprometidos en ella? ¿Ha habido un solo acto, durante el gobierno provisional, que haya revelado esa trama? ¿Ha habido un acto en que ese mismo gobierno haya encontrado oposición en el Palacio? Es llegado el momento de decirlo para probarlo.

Para convencer al Sr. Lopez a la nación de que existe ese influjo malo, debe decirle: "Yo intenté este beneficio, y encontré oposición en Palacio. Yo intenté plantear esta ley, y se me impidió allí. Yo intenté que se nombrase a tal ó cual persona y se me negó." Y ¿quién había de negarle nada a S. S. y sus compañeros, cuando no había mas gobierno que ellos?

Importa mucho, señores, que ya que tanto se aumentan los peligros, que tanto se exageran, vayamos con paso mesurado buscando su origen, buscando su nacimiento, para poder señalar sus progresos y ver la gravedad del mal. Yo estoy persuadido de que hasta el día en que S. M. tomó las riendas del gobierno en virtud de la solemne declaración de las Cortes, yo estoy persuadido de que mientras el Sr. Lopez y sus compañeros, fieles custodios de la libertad, estaban apoderados del poder supremo, no hubo ninguna trama contra la libertad, porque ni la descubrieron ni la castigaron. Así, pues, hasta el día 10 del pasado mes no ha habido esos riesgos, esos recelos, esas tramas que tanto se pregonan. Por ventura ¿empezaron en el corto periodo en que cambiada la faz política ya fue el gobierno provisional un ministerio constitucional declarado la mayoría de la Reina? Este espacio fue muy corto: no llegó a quince días. ¿En esa breve época nacieron estos riesgos? ¿En esa breve época el Sr. Lopez y sus compañeros propusieron como ministerio constitucional alguna medida que encontrara resistencia? ¿Hubo alguna mejora a que S. M. se opusiera? ¿Hubo algún nombramiento importante que rehusara? Pues no de otra suerte se conoce el influjo perturbador, la fuerza oculta e invisible que se supone.

Si S. M. aprobó todo lo que le proponían sus ministros, y no puso repugnancia a ninguna medida, ¿qué poder invisible es este que tan escasa fuerza tenía? Solo se le da la fuerza para hacerle aparecer temible. El gobierno provisional en el mismo acto de pasar a decir a S. M. que estaba declarada mayor de edad, hizo dimisión y lo hizo con razones fuertes, y lo confieso así porque esto le honra. ¿Y cuál fue el primer movimiento de la augusta Persona? Mostróles profundo sentimiento por su separación, y el deseo de que permaneciesen en su puesto, mereciendo como merecían su confianza.

Que, pues, asentado que en esa época no se hacía sentir ese espíritu malo, no había temores por la causa de la libertad. Y puesto que todas las palabras benévolas que salían de los labios de la augusta Persona eran instando al Sr. Lopez para que continuase, después de vista la firmísima resolución de este señor de no continuar en el poder, ¿quién se fue a buscar? Al Sr. Olózaga. Luego en esos días ese influjo malo del Palacio no se hacía sentir, no tenía poder de ninguna clase. Y cuenta, señores, que la elevación del Sr. Olózaga, el tener el honor de ser llamado por S. M., nació precisamente de la presidencia del Congreso; nació de que este partido parlamentario a quien tanto se acusa de profesar odio y ojeriza a S. S., le elevó a esa dignidad con ánimo que ¿de qué? de que subiera al ministerio. Y no basta decir lo que el Sr. Olózaga nos dijo hace

algunos días, de que no había ese enfado entre la presidencia del Congreso y la del ministerio. No existe, no; y en mis teorías mezo que en las de S. S.; pero el hecho es que no hubo un diputado que diese el voto a S. S. para presidente del Congreso que no previese, que no deseara que S. S. ocupase la presidencia del consejo de ministros.

Como tal lo miraron los que le elevaron a ese puesto: como tal se opusieron a su elevación sus amigos actuales, y no hubo un solo en España, de cuantos se ocupan de las cosas públicas, que al ver el nombramiento del Sr. Olózaga para presidente del Congreso, no anunciase que subiría al poder, que no lo mirase como un escalón; y el Sr. Lopez, en el discurso que pronunció en este sitio como presidente del consejo de ministros, dijo que cuando propuso a S. M. al Sr. Olózaga para que formase el nuevo ministerio, lo hizo porque reunía la mayoría del Congreso, y por lo tanto los votos de la nación. Véase, pues, como en ese día, tanto cercano, no había en Palacio ningún influjo que pudiese estorbar la marcha leal y franca de las instituciones. Ese día la duda consistía en si admitir la dimisión al Sr. Lopez y su ministerio, o si nombrar al Sr. Olózaga. Esta era la cuestión; pues en ese día no se había entrometido ningún otro partido que quisiera apoderarse del mando. El primer síntoma que de eso se observó (y esto según dijo el Sr. Olózaga) fue el que una augusta Persona le recomendó que concluyese pronto en su encargo de formar el ministerio, y le manifestó que si no lo hacía pronto, había otro ministerio. Pero yo pregunto, señores: aun en ese caso ¿no puede decirse que era escitar al Sr. Olózaga para que tomase el poder? ¿No era apremiarle para que así lo hiciese? Y si ese ministerio oculto que tanto se le ha nombrado, estaba tan pronto, ¿cómo es que cuando ha habido la ocasión no se ha presentado? ¿Cómo, cuando ha encontrado el terreno desembarazado no se ha apresurado a ocuparle? ¿Cómo, intentando desalojar a su contrario, cuando ve la plaza vacante, no la ocupa? Una de dos; o no existía ese pensamiento, ese deseo que se supone, o ese partido ha cambiado de tal suerte su indole y naturaleza, que ha olvidado su ambición que tanto se le acrimina.

El último día que duró el ministerio del Sr. Lopez creo que fue el 21 de noviembre, y es época notable porque entre ese día y el fatal que ha dado lugar a estos debates no transcurrieron mas que cuatro días, plazo sumamente corto. Esa noche, y esto viene bastante conforme con lo espuesto por el Sr. Lopez, al presentarse los ministros delante de S. M., todavía salieron de los labios de la Reina esas palabras de elogio, de confianza, de bondad verdaderamente regia hacia el Sr. Lopez y sus compañeros, que tengo entendido que sus señorías casi vacilaron si deberían o no quedar en sus puestos. He oído decir del Sr. Lopez que se enteró en aquellos momentos; y tengo entendido que el mismo Sr. Olózaga, aprovechando aquella ocasión, les dijo que todavía era tiempo si querían continuar en el poder. ¿Y qué consecuencia, señores, se infiere de esto? Se infiere que en la noche del 21 de noviembre, víspera casi de la lamentable catástrofe, todavía ese influjo malo que se supone en Palacio, no tenía cabida en el real ánimo, no zumbaba en los oídos de S. M. para darle sus consejos; todavía la Reina decía tales palabras, que el señor Lopez (a pesar de su deseo de aljarse del poder) vaciló en su resolución; y ciertamente que si hubiera querido permanecer en el honorífico puesto que ocupaba, S. M. le hubiera confirmado en él. Este es un punto de partida muy importante. En aquella noche los que se hallan presentes ante S. M. son los ministros que van a dejar sus puestos, y el Sr. Olózaga, que va a reemplazarlos, todos ellos pertenecientes al partido progresista; y S. M. les da nuevas muestras de confianza, repite sus palabras benévolas a los que lealmente le han servido, y les muestra tal sentimiento por su separación, que los ministros dudan en lo que han de hacer y tienen por último que apelar a su firme resolución de dejar el mando. Quiere decir que lo dejan, no se les arranca por nadie; pues allí estaba el que iba a recogerlo por haberle honrado S. M. con su confianza.

Retirado el ministerio Lopez de la escena política, se presenta el Sr. Olózaga a formar su ministerio; y aquí, señores, puesto que tanto se habla de teorías parlamentarias, puesto que el Sr. Olózaga se ha presentado a los ojos del Congreso y de la nación como una víctima sacrificada por su exactitud en cumplir esas formas parlamentarias, desearia saber si el Sr. Olózaga las observó en la formación de su ministerio. La práctica, la experiencia, esa es la piedra de toque de las teorías. ¿Y no dicen estas teorías que los ministerios deben salir de las mayorías parlamentarias? ¿No se está siempre diciendo que este es un gobierno de mayorías? ¿No se aspira a la mayoría para obtener el poder? Y habiendo salido el Sr. Olózaga de la mayoría, y componiéndola esta el partido parlamentario, de lo cual no le podía caber duda, ¿pues era el que le había nombrado presidente del Congreso, ¿no era una consecuencia precisa del sistema de las mayorías que el ministerio debía salir del partido parlamentario, puesto que tenía la mayoría en el Congreso? ¿Puede ignorar el Sr. Olózaga, tan versado en estas materias, y que sabe lo que se practica en otros países, que cuando se trata de componer un ministerio verdaderamente parlamentario, se consulta a las personas influyentes de uno y otro cuerpo colegislador, se tantean las mayorías, se expone el sistema general que piensa seguirse, se cuentan los que han de apoyar el nuevo gobierno, se cuentan los que van a hacer la oposición, y después de todo esto se buscan las personas que hayan de concurrir para poner en práctica el pensamiento político que se ha concebido? ¿A qué partido consultó el Sr. Olózaga? A ninguno. No consultó a la mayoría que le había elevado a la presidencia; y según lo que nos dijo terminantemente el Sr. Cortina, no contó para nada con el partido progresista: por manera que tenemos que quien mas ha proclamado siempre la influencia y el respeto que se debe tener a las mayorías parlamentarias, quien ha exagerado esas doctrinas, en mi concepto en demasía, quien ha querido, por decirlo así, circunscribir, estrechar la real prerogativa mas de lo que a la firmeza del trono cumpliera, ese mismo hombre, siendo ministro, y al ir a formar el gabinete, prescinde de la mayoría del parlamento, no busca apoyo en la oposición, y por su sola voluntad constituye el ministerio.

No es esto decir, señores, que en mi opinión no pueda la corona elegir los ministros que quiere; pero si que no es conforme a las prácticas parlamentarias el elegirlos de la minoría, ni menos elegirlos contra el partido que ha elevado al aquel ministro al poder, y menos todavía lo que hizo el Sr. Olózaga, que no encontrando en uno y otro cuerpo colegislador, bastante numerosos entrabos, a quien recomendar las riendas de la gobernación del reino, lo buscó en unas salas capitulares. No es esto decir que no pudiera hacerlo ni que no fuera digna esa persona, no; pero si que cuando tanto se proclaman los principios parlamentarios y se les presta tanto y tan humilde tributo, era necesario no desconocerlos en la primera ocasión señalada. Aun cuando el Sr. Olózaga no compusiera su ministerio de acuerdo con el partido progresista, según nos dijo el Sr. Cortina, progresista fue aquel ministerio; todos sus individuos salieron del seno de aquel partido.

Se presentó el Sr. Olózaga en aquellos escaños al frente del gobierno en 25 de noviembre, y en un breve y decoroso programa espresó S. S. que no quería mandar con el apoyo de ningún partido exclusivo, que nadie se sobrepondría a la ley, que ya era tiempo de entrar en la senda del orden y de la justicia, y que el gobierno tenía fuerza bastante para que todos respetasen y acatasen la ley.

Y yo pregunto, señores: al pronunciar esas palabras el Sr. Olózaga y al presentarse en este sitio acompañado de un ministerio del color político que he dicho, ¿no recibió S. S. la mas favorable acogida de nuestros bancos? ¿No vio que se aplaudían sus espresiones? ¿No notó que todos estaban dispuestos a sostenerle, y que aunque estaban resentidos de que la mayoría del Congreso no había sido consultada, no era esto motivo bastante para que le declarásemos la guerra? No hay nadie, señores, que al formarse aquel ministerio no tuviera la convicción de que siguiendo el Sr. Olózaga los principios que proclamaba, encontraría apoyo en el partido político que le había elevado a la presidencia, y que si había oposición, sería del partido progresista.

Esto prueba, señores, que hasta a aquel momento el partido parlamentario caminaba de acuerdo con el Sr. Olózaga, aun cuando no se le consultase para la formación del ministerio; esto prueba que el partido parlamentario se presentaba leal y franco; que el partido parlamentario sacrificaba antiguos recuerdos, olvidaba anteriores resentimientos, y no veía mas que el bien de su patria. Este era el ídolo a que todo lo sacrificaba.

El día siguiente 20, y cuenta, señores, que voy a fijar con exactitud las épocas; porque como los sucesos se han

atropellado de tal manera parece muchas veces que ha pasado un siglo, y conviene citar una y otra vez las fechas para que se vayan clasificando con exactitud los hechos, para que sirvan como las piedras que se ponen en los caminos, a fin de medir y señalar las distancias.

El 26 fue domingo; no hubo sesión; fue el segundo día del ministerio. Ocurrió un desorden en la plaza de Palacio, primera vez que se oyeron algunas voces descompuestas después del advenimiento de nuestra augusta Reina. Esas voces pedían (según nos dijo el Sr. Lázaro, ministro a la sazón de Gracia y Justicia) las cabezas de los ministros, turbulentos traidores. Y pregunto yo: ¿eran por ventura apellidados moderados los que amenazaban a este ministerio al nacer? ¿Eran del partido moderado los que iban a insultarle hasta las puertas del regío alcázar? ¿Los que iban a insultarle a sus cabezas? A la luz del día aconteció aquel hecho, en un sitio público, todo el mundo sabe de dónde venían, a lo que aspiraban, por qué se profesaba ese odio a un ministerio que acababa de nacer, y que no había dado mas síntomas de existencia sino tratar de impedir un conflicto lamentable. Se ve, pues, que los primeros síntomas que se mostraron contra ese ministerio, de oposición material, turbulenta, criminal siempre, no provinieron de los que se apellidaban enemigos políticos de ese ministerio; no; otro fue su origen, otro su objeto, otras sus miras.

Al día siguiente se presentó el ministerio en esos bancos; se le hizo una interpelección acerca de ese hecho; ¿esa interpelección de qué bancos salió? ¿Salió por ventura de los nuestros? No; de los bancos progresistas se levantó la voz que pedía explicaciones al ministerio, y que pedía esas explicaciones con tono de queja y reconvencción, por no decir de una acusación severa. Y en el momento mismo en que el Sr. Olózaga se levantó a contestar a esa interpelección, en el momento mismo todas nuestras voces se alzaron para pedir la palabra en defensa de ese mismo ministerio. No habrá olvidado S. S., no, quienes la apoyaron, quienes pidieron la palabra, disputándose la gloria de sostener a ese ministerio. ¿Y por qué? Porque había mostrado firmeza para sostener el orden, para oponerse a la menor turbación del sosiego público. Estos títulos nos bastaban; a ese llamamiento respondimos, y respondimos lealmente.

Llegó el martes 29, día que puede realmente apellidarse aciago; y ese día, señores, no parece sino que una desgracia fatal perseguía al Sr. Olózaga, porque no de otra suerte se explica su conducta, atendido su talento y capacidad. Por la mañana, según hemos oído de boca del Sr. Serrano, aunque con la mesura y reserva que todos admiramos, ese día al presentarse el Sr. ministro de la Guerra al Sr. Olózaga, como se suscitase conversación acerca de la presidencia del Sr. Pidal, y como después se aludiese a una dimisión, el Sr. Olózaga confundió en aquel momento un anuncio de una dimisión con una dimisión formal, una carta con un documento público, y la dimisión de otro general (según tengo entendido) con la dimisión del Sr. ministro de la Guerra.

Y en este punto, señores, me parece importante hacer una observación. Aun cuando el Sr. Serrano en la explicación que dió el otro día no manifestó claramente de qué autoridad militar se trataba cuando habló al Sr. Olózaga, yo tengo entendido, y la voz pública lo dice, que se trataba del capitán general de Madrid. Yo miro como una circunstancia importantísima fijar este hecho. Al hablar el Sr. Serrano de la dimisión de esa autoridad, el Sr. Olózaga creía que una simple carta confidencial en que se decía que acaso sería necesario hacer una dimisión, era la dimisión misma; y sin detenerse cogió la pluma para admitirla, no dudó un solo instante. S. S. nos manifestó que desde que subió al ministerio iba a hacer esa autoridad dimisión; y entonces creyó que la hacía, y no se detuvo siquiera a preguntarlo, si quiera a examinar la naturaleza del papel que le presentaban. Pero es cosa importante (supuesto que se ha aludido a esa persona en las explicaciones del Sr. Olózaga), es importante saber que según nos ha dicho S. S., desde que subió al ministerio esa autoridad quiso dejar el mando, que precisamente el día 27 ó el 28, pues no se a punto fijo la fecha de la carta, esa misma autoridad instaba, apremiaba para dejar el mando, es decir, que en ese momento, precursor ya del lamentable hecho, esa autoridad quería despojarse de la influencia que le da el mando de la fuerza armada en Madrid y privarse de la autorización y obligación de ver a S. M. de ir diariamente a Palacio.

Esa persona, o quebrantada en su salud o quejosa, mal contenta, como se quiera, pedía que se le dejase retirarse, pedía que el mando; pedía que se le exonerara de ese cargo, se privaba voluntariamente del mando de la fuerza pública, y de su entrada en Palacio, de su entrada con el influjo de una autoridad superior. El Sr. Olózaga se dispuso a admitir la dimisión, cuando el Sr. Serrano le dijo algunas palabras de las cuales tomó motivo el Sr. Olózaga para decir al general Serrano o que si hacía dimisión, en el momento mismo se la admitiría. ¿No es extraño, señores, que después que el Sr. Olózaga había solicitado tan vivamente la permanencia en el ministerio del Sr. Serrano, a las primeras palabras, ora las entendiese bien, ora no penetrase bien su sentido, se desluciese de este ministro de una manera que el Sr. Serrano no se atrevió a calificar, y lo dijo meramente que se le contestó en términos que solo pudo dispensar la franqueza de la amistad, sin hacer otra cosa S. S. sino tomar el sombrero y ausentarse de Palacio, y hacer de suerte que ni siquiera pudiera encontrarle? Pues el que en aquella misma mañana, tratándose de un general pundonoroso y valiente, de un amigo, de una persona cuya permanencia en el ministerio era importante, procedió en el primer ímpetu con tan poco acierto, no es imposible que por la noche olvidase en un momento desgraciado que la que estaba delvase de sus ojos era la Reina de España, y no viese mas que a su antigua alumna.

Salí el Sr. Serrano; y el Sr. Olózaga, según parece, envió dos de los señores ministros a que le disuadiesen de su propósito; y aquí, señores, entra un punto muy importante para la cuestión pendiente. El Sr. Cantero manifestó el otro día, que cuando se habían ido estos dos compañeros a buscar al Sr. Serrano para impedirle que presentara su dimisión, en aquel momento se entabló conversación entre el Sr. Cantero y el Sr. Olózaga acerca de la tendencia política que podía tener el nombramiento del Sr. Pidal y la necesidad que acaso había de disolver las Cortes por ese hecho y otros temores que S. S. tenía. Este pensamiento, dijo el Sr. Cantero con todas las franquezas, nació de mí; por manera que ve el Congreso que en la misma mañana, por no decir en la misma tarde del 28, se concibió el primer pensamiento de disolver las Cortes. ¿Y con qué motivo, señores? ¿Con qué motivo en la mañana del 28 se concibió el designio de disolver las Cortes? ¿Qué causa tan grave había para una medida de tanta importancia y trascendencia? ¿Pues qué, señores, en la poca estima se tiene el voto de los pueblos! Pues qué, ¿de esta manera se había de gravar a la nación con esas elecciones generales, con todos los quehaceres, con la pérdida de tiempo, con las incomodidades que tienen que sufrir al mover centenares de miles de electores? ¿Y para qué? ¿con qué motivo, por qué causa urgente? No se ha asignado ninguna.

Suelen disolverse los cuerpos parlamentarios en todos los países regidos de esta suerte cuando tienen tan larga vida, cuando su origen está tan remoto, que casi suele acontecer que se haya mudado la faz política de la nación, o se haya variado la voluntad de los electores respecto de sus representantes. Así suele acontecer, principalmente cuando el término de las legislaturas fijado por la ley es algo largo; pero estas Cortes acababan de abrirse, acababa de iniciarse su elección de la manera mas libre que darse puede; se habían reunido arrojando los diputados militares de peligros, abandonando sus casas y familias para acudir a la voz de la Reina; todos los diputados y senadores habían acudido al llamamiento de la patria, sin ningún fin mas que salvar al Estado, que el bien de la nación, al ver al gobierno en peligro, y que podía retardarse el ansiado momento en que la Reina empuñara el cetro; y a estos sacrificios, por esto celo, ¿qué galardón se les preparaba! Se reunen las Cortes: ¿y que hacen estas Cortes? No dan un solo paso que no sea para demostrar su adhesión al gobierno, para sostenerle y apoyarle. Pide el ministerio que se aprobaran los decretos que en momentos de urgencia había dado el gobierno provisional, y las Cortes inmediatamente lo aprobaron; se pide la aprobación de la quinta de 25,000 hombres, y ni un solo reparo se puso en uno ni otro cuerpo colegislador; se pide autorización para seguir cobrando las contribuciones aun no votadas por las Cortes, y se concede hasta cierto plazo; se propone la cuestión de la mayoría de la Reina, y se vota casi por unanimidad.

Esto habían hecho las Cortes; habían dado algún motivo, presentaban alguna disposición hostil, para que en el

da, el Sr. GOLFANGUER se levantó para hacer una interpelación al gobierno sobre el estado de las infelices religiosas: las palabras del Sr. GOLFANGUER fueron comedidas y llenas de sentimiento; S. S. nos presentó la triste situación de las esposas del Señor, y solo justicia pedía para su auxilio. El Sr. GARCIA CARRASCO, ministro de Hacienda, tomó la palabra para pronunciar algunas de consuelo y reparación, palabras que el Senado acogió con benevolencia, pues en el acento con que el señor ministro las pronunciaba, no podía menos de conocerse que aquellos eran los sentimientos de su corazón. S. S. dijo que en las cortas horas que había ocupaba la silla ministerial, había mandado reproducir, con ánimo de quitar á cualquiera intendente que no la cumpliera, la orden para preferir las religiosas á todas las clases: que asimismo había mandado dar una paga á todas las clases, y al clero le prometió también S. S. que no se vería tan postergado como se hallaba. Nosotros felicitamos sinceramente al Sr. CARRASCO, y esperamos confiados en que sus palabras se convertirán en hechos, y que las beneméritas clases que hoy jimen en la miseria, principiarán á sentir los efectos de una administración ordenada.

Con general cansancio, con disgusto visible de los circunstantes prosiguió ayer el Sr. OLOZAGA su triste defensa. Insultante, procaz á veces, oído con desprecio por muchos, con desagrado por sus mismos amigos, el acusado pierde mas á medida que habla, en la errada inteligencia sin duda de que ahora puede luchar con las leyes y con el trono y ser la bandera de una revolución nueva. Ha contribuido á este engaño deplorable del Sr. OLOZAGA el que, la izquierda, que también se ha equivocado de una manera lastimosa, ha hecho de un delirante cuestión política. De consiguiente, el reo tira hoy á convertir su negocio en un arma revolucionaria, interesando en su favor á la desacreditada congregación de los tribunos, cuya presidencia corresponde de derecho á quien está condecorado con la insigne orden del toison.

Pero todo eso es estúpido, todo eso está revelando una pobreza de recursos y una vulgaridad que humden al Sr. OLOZAGA y le atraen el menosprecio de la Europa entera. Oigan los estadistas extranjeros cómo se explica en el parlamento español el que se presentaba á ellos como una necesidad para la causa del orden y del buen gobierno del país. El Sr. OLOZAGA convirtiéndose en tribuno desvergonzado, faltando á una Reina en público, después de haber solicitado con ahínco y obtenido el toison de oro, después de haber sido embajador y palaciego, es una trágica figura, que causa lástima y compasión.

Siguió ayer el Sr. OLOZAGA asentando unas teorías, desmenujando unos principios que harán reír á todos los publicistas; teorías y principios que el señor OLOZAGA ha inventado espresamente para el caso actual. Mas no se limitaba á esto solo el ex-presidente del consejo, sino que vomitaba injurias contra partidos y personas; como si ellos tuviesen la culpa de que el señor OLOZAGA hubiese cometido un grave desacato con la augusta Persona que ocupa el trono y rige esta monarquía.

En esta ocasión el Sr. OLOZAGA ha querido imitar la conducta de cierta raza moderna, creada por la revolución, cuyos individuos cuando la justicia los persigue como reos de delitos comunes, aparentan que se quiere castigar en ellos sus ideas liberales. Daña esto en gran manera á la moralidad del país, porque bajo el manto de la política se cobijan muchos y grandes criminales.

Ha tomado el Sr. OLOZAGA por blanco de sus tiros á una persona dignísima, á la que el país tendrá que agradecer eminentes servicios, no siendo el de mas leve monta el haber acudido en la ocasión actual al llamamiento de una REINA maltratada y oprimida. El señor OLOZAGA que no se atrevería á sostener diez segundos la mirada del cumplido caballero á quien aludimos, se prevale de su situación para atacar á un ausente, para hacerlo autor de una desgracia que solo debe imputar á su soberbia y falta de respeto. Pero no solo ataca á las personas, sin escluir señoras respetables, sino que insulta con lengua venenosa al ejército, firme sosten del trono, de la libertad y del orden, y al que el supone instrumento de tiranía. El lenguaje del Sr. OLOZAGA ha sido tan irritante, que un joven de ánimo generoso y de grandes alientos, el coronel ARMERO le atajó ayer en sus demasías, recordándole que no era diputado y estrañando en medio de su indignación que se permitiese al acusado injuriar al ejército con insolencia.

Cuando el Sr. OLOZAGA sea juzgado, lo cual no puede menos de suceder si en este país hay leyes, moralidad y decoro, sus juces habrán de tener presentes las palabras proferidas por él en el Congreso. Ellas son la prueba mas concluyente del delito que se le imputa, delito de desacato á S. M., delito que el señor OLOZAGA ha cometido mas de una vez y está cometiendo en pleno parlamento. Al oír los discursos del señor OLOZAGA no podemos menos de proferir aquellas santas palabras de la Escritura: *Oratio tua in peccatum.*

Habló ayer el general SERRANO, refirió varios hechos relativos al suceso de la noche del 29, y coincidió sustancialmente con la narración del Sr. PIDAL. Algo omitió S. S. por olvido sin duda, pero que no dejaba de ser importante segun tenemos entendido. De cualquier modo este pundonoroso militar se espresó con la nobleza propia de su carácter; no obstante que se

echa de ver en su discurso lo embarazoso de su posición. El general SERRANO, temiendo que achacasen á apostasía una conducta que reclamaba el bien del país, se ha acogido decididamente á las filas del progreso, partido que ha tomado como suya la causa del Sr. OLOZAGA, á quien defiende aun á riesgo de su propia existencia. La determinación de los progresistas ha puesto al Sr. SERRANO en un grave conflicto, combatido su corazón de dos sentimientos encontrados, que cree igualmente leales. No sería por lo tanto una tarea conveniente señalar al general SERRANO algunas contradicciones, no de hecho, sino de lógica, en que tan apreciable sugesto ha incurrido. Dice el valiente general, que la comisión dada al Sr. PIDAL para la formación del gabinete, no [pudo] menos de alarmarle. ¿Y por qué? ¿No se le brindó con la presidencia del ministerio? ¿Pues por qué no admitió tan elevado cargo, aunque no fuera mas que para imprimir á los negocios una marcha acertada? No, en manera alguna debía alarmarle una administración en la que tan franca y lealmente se le ofrecía una parte principal.

Con gusto hemos oído de boca del Sr. SERRANO, que la izquierda se negó absolutamente á un ministerio de coalición.

Galante y benévolo como debía, anduvo el señor ministro de la Guerra con el digno general SERRANO al hacerse cargo de unas palabras que podían traducirse como una queja, que siendo fundada, sería justísima. El Sr. MAZARREDO explicó con acierto y no sin soltura y facilidad, cómo era posible y conveniente y hasta un hecho, la formación de un ministerio de coalición, si es que por coalición se entiende la reunión de algunos hombres políticos, que procediendo de diferentes puntos vienen á parar á uno mismo. Es tan leve, en teoría al menos, la diferencia que existe entre nuestros partidos, que no es extraño que individuos que llevan nombres diferentes, cuando el acaso ó el giro de los sucesos los junta, encuentren que tenían un mismo deseo.

Los Sres. D. JUAN DONOSO CORTES y D. ANTONIO ROS DE OLANO han salido de esta corte para París, con una misión extraordinaria, cerca de S. M. la Reina CRISTINA. Parece que el objeto de esta misión es manifestar á la augusta ex-gobernadora en nombre de su escelsa Hija y del gobierno, el placer con que mirarán su vuelta á España.

No necesitamos los redactores del HERALDO manifestar nuestra opinión sobre este plausible y fausto acontecimiento. Los que en todas épocas han defendido á la augusta desterrada como leales caballeros y buenos españoles, creen hoy su venida al lado de sus escelsas Hijas una necesidad urgente, apremiante, de gran provecho para la libertad, para el trono y para el país.

Parece que el Sr. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA será nombrado embajador de S. M. la Reina de España cerca de S. M. el rey de los franceses. Si es así no podemos menos de elogiar altamente tan acertada elección.

Noticias de Zaragoza.

Por las cartas que hemos recibido de la capital de Aragón fecha del 11, vemos que en la noche del día anterior 10 del actual, y durante la retreta algunos de los constantes enemigos del orden público trataron de alterarlo, profiriendo gritos subversivos y llamando á las armas á la milicia nacional. La autoridad militar, la política y municipal que ya tenían algun antecedente, habían adoptado las disposiciones convenientes y los alborotadores fueron dispersados, consiguiéndose la captura de dos á quienes se está formando causa. La tranquilidad pública al momento restablecida, continúa y continuará sin alterarse; pues las autoridades, la valiente y leal guarnición y la inmensa mayoría de Zaragoza están decididos á mantenerla á todo trance. Los conatos de rebelión habían obligado á tomar algunas medidas encaminadas á evitar su repetición.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

S. M. la REINA y su augusta Hermana la Serenísima Señora Infanta Doña María Luisa Fernanda continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE ESTADO.

Ayer por la mañana se presentó al Sr. ministro de Estado el caballero Lagrua, principe de Carigni, con el objeto de pedir por su conducto á S. M. la Reina que le señalase hora para entregarle en audiencia solemne las credenciales que le acreditan cerca de su augusta Persona como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de su augusta tío el rey de las Dos-Sicilias.

Este reconocimiento de Doña Isabel II por parte de la corte de Nápoles, que en las circunstancias críticas de estos últimos días pudo creerse por algunos dilatado, tendrá pues lugar en la presente semana sin dificultades de ningún género.

REALES DECRETOS.

Hallándose vacante la plaza de oficial segundo de la primera secretaría de Estado y del Despacho, que ha cesado de desempeñar D. Rafael Javat por mi resolución de este día, vengo en disponer que D. Juan Jose de Arguindegui, actual oficial tercero, pase á la de segundo; D. Gerardo Sousa, que lo es cuarto, á la de tercero; nombrando para la de cuarto á D. Salvador Bermudez de Castro, abogado del colegio de Madrid y secretario cesante de la gefatura política de Toledo; y reservándome el proveer la plaza de oficial quinto tercero, vacante por promoción de D. Patricio de la Escosura á subsecretario de la Gobernación.

Dado en Palacio á 9 de diciembre de 1843.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de Estado, Luis Gonzalez Bravo.

Convinendo al mejor servicio del Estado que se regularicen las importantes discusiones del consejo de ministros de manera tal, que en medio de las graves circunstancias y multiplicados negocios que frecuentemente ocupan su atención puedan hallarse y recordarse en casos oportunos las resoluciones acordadas y los pareceres emitidos, y que al mudar la corona sus consejeros puedan encontrar sus sucesores las huellas y los adelantos de sus trabajos, siendo en todo caso la formalidad y el orden de la deliberación eficaz garantía del acierto, usando de mi régia prerrogativa he venido en decretar lo siguiente:

Art. 1.º Se restablece el cargo de secretario del consejo de ministros, anejo á una plaza efectiva en la primera secretaría de Estado.

Art. 2.º Sus funciones serán las siguientes:
1.ª Atistir á las deliberaciones del consejo, redactar las actas de las discusiones, y tomar nota de las resoluciones que tengan lugar.

2.ª Comunicar á cada uno de los ministros los acuerdos del consejo que interesen al servicio especial de cada uno.

3.ª Dirigir la parte oficial de la Gaceta del gobierno.

4.ª Recibir, custodiar y dar cuenta al consejo de las notas, partes, despachos y cualesquiera expedientes ó papeles que le envíen con este objeto los ministros.

Art. 3.º El secretario del consejo de ministros tendrá á sus inmediatas órdenes dos oficiales, uno con carácter de secretario de legación, y el otro de agregado diplomático, cuya asignación se pagará de los fondos que concede el presupuesto para gastos imprevistos del ministerio de Estado.

Dado en Palacio á 9 de diciembre de 1843. Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El presidente del consejo de ministros, Luis Gonzalez Bravo.

Conformándome con lo que me habeis propuesto, de acuerdo con el consejo de ministros, y teniendo en consideración los méritos y demas circunstancias que concurren en D. Salvador Bermudez de Castro, oficial cuarto de la primera secretaría del despacho de Estado, he venido en nombrarle secretario del mismo consejo de ministros.

Dado en Palacio á 9 de diciembre de 1843.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de Estado, Luis Gonzalez Bravo.

El encargado de Negocios de S. M. en Lisboa ha remitido á este ministerio el siguiente anuncio publicado en el diario del gobierno de aquella capital:

Secretaría de Estado de los Negocios del reino.—Segunda dirección.—Primera sección.—Se invita á todas las personas, sociedades ó compañías que quieran encargarse de mejorar la parte del río Tago que se halla dentro del territorio portugués para que dirijan sus propuestas á la secretaria de Estado de los Negocios del reino en el término de 60 días, á contar desde el día de la fecha.

Secretaría de Estado de los Negocios del reino 4 de diciembre de 1843.

MINISTERIO DE HACIENDA.

Excmo. Sr. S. M. la Reina se ha servido mandar que esa dirección general disponga lo conveniente para que tanto en esta corte como en las provincias se satisfaga inmediatamente una mensualidad á las clases pasivas, con aplicación á la distribución que corresponda. De real orden lo comunico á V. E. para los efectos consiguientes.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 12 de diciembre de 1843.—García Carrasco.—Sr. director general del tesoro público.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Circular.

Excmo. Sr.: Algunos individuos, dependientes de este ministerio se han creído autorizados por sí y sin la competente declaración personal al uso de los distintivos que creen correspondientes con arreglo al decreto de 26 de noviembre último, por el cual se revalidan los empleos, gracias, honores y condecoraciones, acordados por el gobierno del ex-regente.

S. M. no ha podido ver con indiferencia que se haya introducido en el ejército un abuso tan en contradicción con la disciplina, el primero y el mas indispensable de los elementos de su organización: puesto que, para usar de los distintivos de un empleo, grado, honor ó condecoración se necesita como imprescindible requisito el estar en posesión del correspondiente real título, despacho ó documento personal que para ello autorice.

En su vista, y en la de que sin notoria injusticia y especial perjuicio para los que con gloria propia y provecho nacional han arrojado los riesgos y compromisos del último alzamiento no podría prescindirse del exámen individual de cada una de las gracias á que se refiere el mencionado decreto de 26 de noviembre último, ni menos hacerlas de mejor condición que las conferidas por las juntas de salvación y gobierno de las diferentes provincias alzadas, cuyas medidas han sido en cierto modo restringidas hasta su escrupulosa aprobación ó reprobación individual por el decreto de 21 de agosto de este año, se ha dignado S. M. mandar, que ninguno de los individuos dependientes de este ministerio que por el referido real decreto de 26 de noviembre último se crea con derecho á las gracias, empleos, honores y condecoraciones decretados por el gobierno del ex-regente desde el 23 de mayo al 30 de julio últimos, pueda usar el distintivo que á aquella gracia, empleo, honor y condecoración correspondía hasta que establecidas las reglas, por las cuales ha de ser aplicado aquel decreto con arreglo á su art. 2.º, recaiga su real aprobación sobre cada caso individual.

De real orden lo digo á V. E. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 11 de diciembre de 1843.—Mazarredo.—Señor....

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DE LA PENINSULA.

REAL DECRETO.

En uso de la facultad que me concede el art. 15

de la Constitución, he tenido á bien nombrar senadores por la provincia de Badajoz á D. Ventura Mena, que ha renunciado; por la de la Coruña al obispo de Tuy; por la de Pontevedra al conde de San Roman y al marqués de Santa Cruz de Rivadella, en lugar de D. José Valladares y del marqués de Villagarcía, que también han renunciado; y por la de Sevilla á don Manuel Montalbo, por renuncia de D. Fernando Aguilas Tortolero.

Dado en Palacio á 10 de diciembre de 1843.—Está rubricado de la real mano.—Refrendado.—El ministro de la Gobernación de la Península, marqués de Peñaflorida.

Boletín extranjero.

Los periódicos llegados por el último correo ninguna noticia política algo interesante contienen; ocupándose principalmente de dos asuntos, uno peculiar suyo, cual es las fortificaciones de París, á causa de una larga carta que sobre ellas les ha dirigido el célebre diputado y astrónomo Mr. Arago; y otro, la conducta observada por el Sr. Olózaga. La mayor parte de los periódicos de París se limitan á referir los hechos, segun han llegado á su noticia; pero los mas autorizados, y particularmente el *Diario de los Debates*, repudian el proyecto de disolver las Cortes, creyendo que debiera haberse retirado, si le era imposible gobernar con las actuales, en vez de precipitar á nuestro país en una larga crisis electoral, privando á nuestra joven Reina en las circunstancias mas espinosas, y cuando apenas se acaba de proclamar su mayoría, del apoyo de la asamblea nacional, haciendo que de nuevo luchen los partidos con la acrimonia que resulta siempre de una disolución; concluyendo, por último, con lamentarse de que la España, que hasta ahora no ha conocido sino las agitaciones y las crisis de la libertad, no haya recibido de su gobierno al menos lecciones de estabilidad. Debiéndose escoger entre dos males el menor, la disolución del gabinete del Sr. Olózaga era para nuestra patria un mal menor que el de la disolución de las Cortes. Esta medida por sí sola, justificaria la destitución del Sr. Olózaga.

A última hora.

CONGRESO.

Extracto de la sesión del día 15 de diciembre.

La sesión de este día se abrió á la una y cuarto con menos concurrencia en las tribunas que la de ordinario se observaba en estos últimos días. En el banco del ministerio se encontraba el de la Guerra, y á poco tiempo entró el de Gracia y Justicia.

Quedaron publicadas como leyes las sancionadas por S. M. autorizando al gobierno para seguir condecorando las contribuciones, y aprobando la quinta de 25,000 hombres decretada en agosto del presente año.

Juró y tomó asiento en los bancos del centro el Sr. Arrieta Macarua.

Dada cuenta de otros expedientes poco notables, anunció una interpelación al gobierno el Sr. Corradi para que manifestase si se halla decidido á cumplir en todas sus partes la ley vigente para la venta de los bienes del clero secular. El Sr. ministro de Gracia y Justicia dijo que contestaría en su día categóricamente, no haciéndolo hoy por no interrumpir la discusión importante que ocupa al Congreso, cuya conclusión anhela el gobierno para presentarle proyectos de ley de interés general que tiene en su poder.

A invitación del Sr. Sartorius acordó el Congreso, que para acelerar lo posible la enojosa cuestión que está llamando la atención pública, los oradores que hablen acerca de las proposiciones que hay pendientes sobre el particular, se circunscriban á ellas no entrando en la cuestión principal.

Se puso á discusión el dictamen de la comisión encargada de darle sobre la comunicación del gobierno, pidiendo autorización para proceder contra el diputado Calvo y Malco, complicado en la causa de asesinato contra el general Narvaez. La comisión concede la autorización reclamada. El Congreso aprobó el dictamen después de un ligerísimo debate: de él apareció que son cuatro los testigos que declaran contra el Sr. Calvo; y segun su dicho, ha tenido este sugeto una parte muy principal en aquel suceso, puesto que manifestó en su casa á los declarantes que trataba de hacerse una revolución en Madrid para derrocar al gobierno existente, á cuyo efecto debía principiar por deshacerse de los generales Serrano y Narvaez.

Continuó luego la discusión pendiente sobre la proposición del Sr. Martinez de la Rosa, y después de una brevisima discusión fue aprobada por el Congreso en votación nominal.

Los Sres. ministros de Estado y Marina entraron en el salón mientras esta votación se verificaba.

En virtud de la deliberación que acababa de tomar el Congreso continuó la discusión pendiente sobre el mensaje á S. M., y el Sr. Cortina en el uso de la palabra que le fue interrumpida con las proposiciones incidentales. S. S. principió por contestar á algunos de los cargos que se le han hecho por varios de los oradores que han tomado parte en estos debates.

Tocó después el orador otros puntos, pero el Congreso se manifestó tan fatigado de esta discusión, que se observan muy poco poblados los bancos. El Sr. Olózaga no se hallaba tampoco presente. Siendo pasadas las horas de reglamento y teniendo mucho que decir todavía el orador, se suspende esta discusión, quedando S. S. en el uso de la palabra para mañana.

Se levanta la sesión á las cinco.

PARTE INDUSTRIAL.

Fondos públicos.

BOISA DE MADRID DEL DIA 13 DE DICIEMBRE.

TITULOS AL 3 POR 100.

Se han hecho 31 operaciones importantes 20,200,000 rs., á diferentes fechas ó vol. con el cupon corriente 1/2 p. de 25 1/4 á 26 1/2 por 100.

TITULOS AL 5 POR 100.

Se han hecho 4 operaciones importantes 2,000,000 rs. á diferentes fechas ó vol. con 5 cupones y un semestre vencido, á 20 por 100.

DEUDA FLOTANTE DEL TESORO.

Se han hecho 3 operaciones importantes 2,153,778 rs. á 60 días fecha ó vol. con ocho dividendos y cuatro semestres cobrados á 10 por 100.

CAMBIOS.

Londres á 90 días 37 1/2 d. Málaga á 1/2 año.
París á 90, 16 lib. 4 s. Santander 1/2 papel d.
Alicante á 1/2 d. Santiago 3/4 papel daño.
Barcelona par. d. Sevilla á 1/4 o.
Bilbao á d. Valencia á 1/4 d.
Cádiz á 1/4 d. Zaragoza á d. p.
Coruña 3/4 d. Descuento de latras 6 por 100
Granada á 3/4 d. al año.

MADRID.—Imprenta de EL HERALDO.

EDITOR RESPONSABLE, C. RAMIREZ.